GENIALIDAD Y MELANCOLÍA

(La rebelión del pensamiento)

*Carlos J. McCadden**

*Federico G. Durand***

RESUMEN: Los estados displacenteros, como la melancolía y la depresión, se relacionan directamente con la experiencia de introspección en la que se alcanza o no la genialidad. Aristóteles se cuestionó hace dos mil cuatrocientos años esta relación entre la melancolía y la genialidad. Esta pregunta custodia la profunda distinción entre el *Homo depressus* y el *Homo magnus*; el primero no acepta el reto de no ser ordinario y tiene de sí una falsa conciencia. El *Homo depressus* busca el dominio de su condición humana, pero se estanca en lo ordinario y no puede superar esa consigna vulgar de ser un animal triste sin alcanzar el estatus de hombre melancólico. La medicina contemporánea parece no advertir la importancia y la vigencia que admiraron tanto a Hipócrates como a Aristóteles, pilares del pensamiento occidental. El objetivo de este trabajo es favorecer un diálogo entre las aproximaciones médica (τέχνη, tecné) y la filosófica (ἐπιστήμη, episteme) sobre la melancolía y la genialidad como misterios de la condición humana.

GENIUS AND MELANCHOLY (REBELLION OF THOUGHT)

ABSTRACT: The unpleasant states of mind, namely melancholy and depression, are directly related with the experience of introspection in which genius may or may not be obtainable. Aristotle pondered this relationship between melancholy and genius 2400 years ago. This topic defends the sharp distinction between *Homo depressus* and *Homo magnus*. The former rejects the challenge of being ordinary and has a false conscience of himself. *Homo depressus* searches to control his human condition, but he gets stuck in the ordinary and cannot overcome this vulgar motto of being a sad animal and not of a melancholic man. Modern medicine does not seem to realize the importance and relevance of these topics highlighted in the work of Hippocrates and Aristotle, pillars of Western thought. Our goal in this article is to foster a dialogue between the medical approaches (τέχνη, tecné) and the philosophical ones (ἐπιστήμη, episteme) regarding melancholy and genius as mysteries of the human condition.

* Jefe del Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

** Médico cirujano, doctor en psicoanálisis y profesor del Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM.

PALABRAS CLAVE: Aristóteles, Hipócrates, Demócrito, Bergson, Freud, melancolía, genialidad, nostalgia, bilis negra, filosofía, medicina, psicoanálisis, depresión, risa, cólera, duelo.

Key words: Aristotle, Hippocrates, Democritus, Bergson, Freud, melancholy, genius, nostalgia, bilis negra, philosophy, medicine, psychoanalysis, depression, laughter, anger, mourning.

RECEPCIÓN: 29 de enero de 2016.

APROBACIÓN: 5 de agosto de 2016.

GENIALIDAD Y MELANCOLÍA*

(La rebelión del pensamiento)

*Con este texto nos unimos a la conmemoración
del nacimiento del genio Aristóteles,
quien hace 2400 años cuestionó la genialidad
y su relación con la melancolía.*

(2016 es el “Año de Aristóteles” según la UNESCO)

La cuestión central del texto llamado *Problema XXX* de Aristóteles (circa 384-322 a. C.)¹ se encuentra en el origen de una amplia y fecunda bibliografía que difumina los límites entre el abatimiento (depresión) y el estado melancólico; entre lo ordinario y la ingeniosa creatividad; entre la locura y la genialidad.

La tesis de este artículo es que la melancolía, término del griego clásico formado por μέλας (negro) y χολή (bilis), ha sido repetidamente confundida con la depresión, del latín *depressus* (abatimiento). La depresión es uno de los trastornos más antiguos de los que hay constancia y, no obstante, estas dos condiciones humanas siguen siendo reunidas como si fueran parte de una misma categoría.

La tragedia de la depresión humana es una de las más antiguas y comunes que acaecen a la humanidad. La consecuencia es que mutila la riqueza de las alternativas que la vida ofrece para ejercer la libertad. El hombre abatido (*depressus*) elude su cotidianidad y las diversas opciones que la vida le brinda. El reto de ejercer su propia libertad lo

* Este artículo retoma el estudio de Carlos J. McCadden, “La melancolía en Aristóteles”, publicado en Andreas Kurz, *Literatura y locura*, 2012, Guanajuato, Editorial de la Universidad de Guanajuato, pp. 31-40.

¹ Aristóteles, *El hombre de genio y la melancolía*, 1996, Barcelona, Quaderns Crema, trad. de Cristina Serna, p. 79 (953a10). En cuanto a la autenticidad de este texto atribuido a Aristóteles, véase: Aristóteles e Hipócrates. *De la melancolía*, 1994, México, Vuelta, trad. de Conrado Tostado, pp. 10-11.

confronta con el misterio de su condición humana, en la disyuntiva entre dejarse abatir por el sufrimiento que padece el estulto deprimido o elegir la maravillosa (extraordinaria o asombrosa) nostalgia que es condición de la melancolía.

En este texto se examinan algunos de los hombres excepcionales que han sido grandes y que viven entre estos dos ámbitos contrastantes; se estudia a genios que viven entre el ser prosaicos y el ser poéticos, y también a los hombres ordinarios que se contentan simplemente con admirar a los extraordinarios, sin arriesgarse a sufrir la tristeza melancólica que los haría asombrosos si confrontaran la fugacidad de sus grandes proyectos.

Los orígenes de la genialidad permanecen enraizados en el primer gemido del hombre prehistórico que advirtió la existencia y su posible pérdida. Este es un dolor inaudito, y en ello se fundamenta la atinada pregunta aristotélica, que reza así: ¿por qué todos aquellos que han sido hombres de excepción resultan ser melancólicos? Este asunto nace de la sorpresa del hombre genial (Aristóteles) que se observa superando el dolor de su abatimiento (depresión) y que convive con el dolor nostálgico que lo hace melancólico.

10 La melancolía nos lleva por un itinerario abominable y penetrante porque vislumbra los límites de la pasión, del deseo y de la realidad en los que se encuentra todo ser humano. Este periplo nos remite a la escena de Odiseo, ese Ulises que buscando sobrevivir a su trágica disyuntiva de sentir la pasión sin caer en ella, se refugió amarrándose al mástil del barco *Argos* para probar la seducción de las sirenas sin sucumbir a sus cantos y encantos. Esta propuesta helénica sublime es retomada en la sugerencia paulina, que conquista el divino regalo de la libertad. Dice San Pablo: “examinadlo todo y quedaos con lo bueno”.² Amarrado al mástil, Ulises puede verlo todo, sin perderse.

El hombre excepcional es el que no sucumbe ante un acto vulgar, impulsivo, indolente y violento, sino que resiste la sorpresa de lo cotidiano por medio de la melancolía sin actuar impetuosamente; sin estu-

² πάντα δὲ δοκιμάζετε, τὸ καλὸν κατέχετε. 1 Ts. 5:21.

pidez, ni necesidad o narcisismo mórbido. Así lo advirtieron seres humanos geniales como Demócrito (circa 460-370 a. C.).

La *memoria*, que en la mitología es personificada por la titánide Mnemosine, y el *tiempo*, el titán Cronos, su hermano, concurren en la melancolía y en la creatividad del hombre genial. Recordar es crear, porque el que crea no repite el error del pasado, es original. En la mitología está revelada la relación entre la melancolía y la genialidad; las hijas que tiene Mnemosine con el olímpico Zeus son las musas que inspiran la creatividad en los mortales.³ El tiempo es exclusiva posesión real del hombre; ni los animales, ni las plantas ni los dioses se saben mortales. El saberse mortal es el tesoro y la miseria del ser humano. La continua pérdida del tiempo es a la vez su más absoluta certidumbre: la vida terrena se escapa sin control, se difumina y se extingue. Y esto es así a pesar de los esfuerzos que hace el hombre en la historia para evadir el tiempo que huye (*tempus fugit*).⁴ Dice Jorge Luis Borges (1899-1986): “La muerte (o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres”.⁵ Job por su parte advierte: “Una nube se disipa y pasa, así el que baja al *šeol* no sube más. [...] Se han deslizado lo mismo que canoas de junco, como águila que cae sobre la presa. [...] Como la flor, brota y se marchita, y huye como las sombra sin pararse”.⁶

³ Cfr: Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana*, 1994, Barcelona, Paidós, trad. de Francisco Payarols, pp. 367-368.

⁴ Virgilio (89 a. C.-10 d. C.) escribe en las *Geórgicas* (III, 284): “Pero huye entre tanto, huye el tiempo irrecuperable, mientras que del amor llevado me entretengo en cada pormenor”. *Bucólicas. Geórgicas*, 2000, Madrid, Gredos, trad. y notas de Tomás de la Ascensión Recio García, p. 142. En latín dice así: “Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus, singula dum campiti circumvectamur amore”; véase <<http://www.gutenberg.org/files/231/231-h/231-h.htm>>, consultado el 28 de junio de 2016. El subrayado es nuestro.

⁵ Jorge Luis Borges, “El Inmortal”, en *El aleph*, 1957, Buenos Aires, p. 22.

⁶ Jb, 7,9: חָלְפוּ עִם־אֲנִיּוֹת אֲבֵה כְּנֶשֶׁר יָטוּשׁ עָלֶי־אֶכֶל ; 9,26: כָּלָה עָנֹ וַיִּלָּךְ בֶּן יוֹרֵד שְׂאוֹל לֹא יַעֲלֶה ; y 14,2: כְּצִיץ יִצָּא וַיִּבֶל וַיִּבְרַח כְּצֶלֶל וְלֹא יִעֲמֹד ;

En <<https://www.academic-bible.com/en/online-bibles/biblia-hebraica-stuttgartensia-bhs/read-the-bible-text/bibel/text/lesen/stelle/18/140001/149999/ch/a7773793ce58fe970cd635a0eb3a637a/>>, consultado el 28 de junio de 2016.

Los orígenes de la [noción] de melancolía en la Escuela de Cos⁷

A lo largo de la historia occidental la medicina ha considerado a la melancolía como una mera enfermedad, y los intentos para encontrar alguna forma de atenderla han sido tan arcaicos como infructuosos. No obstante, las observaciones de Aristóteles sobre los conocimientos que Hipócrates⁸ (circa 460-370 a. C.) adquirió después de la visita que hizo a Demócrito como paciente, ilustran el prototipo de melancólico y permitieron diferenciar diagnósticamente la supuesta locura de Demócrito de su melancolía.

Encontramos el término “melancolía” desde la época presocrática en la tradición médica griega de la Escuela de Cos encabezada por Hipócrates. Este médico contribuyó a cimentar la idea que retomará posteriormente Aristóteles: el melancólico podía no necesariamente padecer una enfermedad. Para la medicina hipocrática, la melancolía, como sinónimo de padecimiento causado por la “bilis negra”, es etiología de la tristeza, del abatimiento, de cólera desmedida y de locura, pero también de excepcionalidad.

En efecto, el melancólico podría expresar un estado interpretable inicialmente como mórbido a costa del propio “detrimento”, sin embargo

12

⁷ Cos (Κῶς) una isla griega del archipiélago del Dodecaneso, en el mar Egeo que se separa del golfo de Cos. Mide 40 km por 8 km y está a 4 km de la costa de Bodrum en la actual Turquía. Su primer nombre fue Meropis y después tuvo el de Ninfea. Conquistada por los aqueos, participó en la Guerra de Troya. La isla fue colonizada originalmente por carios. Los dorios la invadieron en el siglo XI a. C. y en el siglo VIII a. C., se fundó la Hexápolis dórica en la que participaban Cos, Cnidos, Halicarnaso y otras tres ciudades, que se reunían en el templo de Apolo Triopi, situado en la costa enfrente de Cos (actual *Kavo-Crios*). La isla fue sometida a Persia en la segunda mitad del siglo VI a. C. En 480 a. C., los habitantes expulsaron a los persas y se unieron a la Confederación de Delos. En el siglo V a. C., estando bajo dominio de Atenas, nació Hipócrates en la isla de Cos hacia el 460 a. C.

⁸ Hipócrates encabezó la escuela de Cos (Ἱπποκράτης της Κω). Vivió entre 460 y 370 a. C., aproximadamente, así que fue contemporáneo de Sócrates (470-399 a. C.) y Tucídides (460-¿396? a. C.). Es muy probable que solo algunos de los libros que se le adjudican procedan de su enseñanza directa e incluso algunos de su propia escritura. En todo caso, la variedad de los textos del llamado *Corpus hippocraticum* y de su temática incluyen una clara coincidencia en los aspectos más generales de la medicina griega antigua como arte (τέχνη) que como conocimiento científico puro (ἐπιστήμη). Ya muchos siglos antes de Hipócrates se practicaba la medicina en Grecia y los médicos gozaban de una reputación alta como *demiurgoí*.

el mismo Sigmund Freud (1856-1939) titubea sobre el calificativo nosológico del melancólico y contempla que la libido narcisista que enviste su propio yo no carga al “otro”, que es objeto, de manera compensatoria. Esa compensación que se manifiesta como tristeza o autoflagelación surge precisamente del intento de evitar el dolor de haber perdido a un “otro”.

En esta colección de ideas, la reflexión freudiana del melancólico es compatible con la anamnesis que hace Aristóteles de los personajes geniales y muestran el titubeo que el mismo Freud menciona sobre la melancolía:

Tanto en lo científico⁹ como en lo terapéutico sería infructuoso tratar de oponérsele al enfermo [ofendido o paciente], que promueve contra su yo tales querellas. Es que en algún sentido ha de tener razón y ha de pintar algo que es como a él le parece. No podemos menos que refrendar plenamente algunos de sus asertos. Es en realidad todo lo falto de interés, todo lo incapaz de amor y de trabajo que él dice. Pero esto es, según sabemos, secundario; es la consecuencia de ese trabajo interior que devora a su yo, *un trabajo que desconocemos...*” [comparable al del duelo. Freud advierte que] también en algunas otras de sus autoimputaciones nos parece que tiene razón y aun que capta la verdad con más claridad que otros, [que se muestran como] *no melancólicos*.¹⁰

⁹ Es esencial entender que logos (λόγος) no se refería en la antigüedad a la limitada concepción de ciencia o conocimiento “verificable” propio del positivismo moderno y que tiene vigencia en varios sistemas epistemológicos en la actualidad. Logos se refiere desde el verdadero conocimiento hasta la misma noción del Verbo Encarnado (en el ámbito teológico que se encuentra desde el evangelista Juan (s. I) hasta Anselmo y Arrio (s. IV) que amplían y profundizan su estudio en la época de la consolidación patológica.

¹⁰ “*Es wäre wissenschaftlich wie therapeutisch gleich unfruchtbar, dem Kranken [que generalmente es medicalizado como enfermo, pero que originalmente se refiere al herido], de kränken, ofender zu widersprechen, der solche Anklagen gegen sein Ich vorbringt. Er muß wohl irgendwie recht haben und etwas schildern, was sich so verhält, wie es ihm erscheint. Einige seiner Angaben müssen wir ja ohne Einschränkung sofort bestätigen. Er ist wirklich so interesselos, so unfähig zur Liebe und zur Leistung, wie er sagt. Aber das ist, wie wir wissen, sekundär, ist die Folge der inneren, uns unbekannten, der Trauer vergleichbaren Arbeit, welche sein Ich aufzehrt. In einigen anderen Selbstanklagen scheint er uns gleichfalls recht zu haben und die Wahrheit nur schärfer zu erfassen als andere, die nicht melancholisch sind.*” Cfr. Freud, “Trauer und Melancholie”, en *Das Ich und das Es*, 1993, Fráncfort, Fischer. Taschendbuch Verlag GmbH, p 176. En español, véase “Duelo y melancolía” (1917) en *Obras completas*, vol. XIV, p. 244.

Corpus hippocraticum

Hacia la “Olimpiada LXXXIII” es que Hipócrates adquiere su mayor fama.¹¹ Es interesante observar el contraste que en esa época tenía la autoría de un texto escrito. Las obras adjudicadas a Hipócrates no han podido fecharse claramente porque los griegos prefirieron un tipo de “plagio a la inversa” del que conocemos hoy, pues en lugar de atribuirse a sí mismos obras ajenas de alto valor, atribuían sus propias obras a autores muy reconocidos. Por ejemplo, a Hipócrates se le han llegado a atribuir más de cien tratados de las más diversas temáticas, inclusive separados hasta por más de un siglo.

No parece haber mención de él más antigua que la del diálogo platónico Protágoras,¹² en donde es citado con una referencia geográfica “de Cos”, y con una referencia supuestamente patronímica, por la celebración de la “asclepiada”. Hipócrates es considerado hijo del dios Asclepio, primer maestro de medicina.¹³

El legado de Hipócrates de Cos es conocido como *Corpus hippocraticum*, el cual ha sido esencialmente recuperado gracias a la sabiduría islámica y a los monjes medievales, traducida por escribanos medievales del griego al latín y del árabe clásico.¹⁴ Por otro lado, tenemos

14

¹¹ El calendario griego se basaba en los ritos que se organizaban en Olimpia en honor a Zeus. La primera olimpiada es conocida porque en ella “Coroebus ganó las carreras en el estadio” y corresponden a nuestro 1º de julio de 776 a. C. Tanto Demócrito como Hipócrates nacieron entre la olimpiada 77 y la 83 (460-494 a. C.). La llamada época dorada hipocrática sabemos que se corresponde con la época de la Olimpiada 83. Demócrito e Hipócrates murieron entre 404 y 370 a. C. (olimpiadas 100-103).

¹² “Imagino que igualmente se te ocurriría la idea de ir a encontrar a tu homónimo Hipócrates de Cos, el Asclepiada, y de ofrecerle dinero para que él se ocupara de ti.” Platón, *Obras completas*, 1979, Madrid, Aguilar, p. 161 (311b).

¹³ Cfr. Hipócrates [de Cos], *De la medicina antigua* (ΗΠΟΚΡΑΤΟΥ ΠΕΡΙ ΑΡΧΑΙΗΣ ΙΑΤΡΙΚΗΣ). 1991, México, Universidad Nacional Autónoma de México, trad. de Conrado Eggers Lan, pp. XLI-XLII.

¹⁴ Parece que el primer compilador conocido de Hipócrates fue Erociano (s. I d. C.), que no incluye más que algunos escritos. Galeno habla de Artemidoro Capito y de Dioscórides, ambos oriundos de Alejandría, que habían hecho una colección de las obras de Hipócrates, aunque los critica por haber alterado algunas partes. Marco Fabio Calvo, natural de Rávena, es el más famoso compilador del *Corpus hippocraticum*, quien desde 1512 hasta 1545 dedicó parte de su obra al papa Clemente VII. Feronymo Merial hizo otra traducción adjuntándola con el texto griego en 1588. Anusio Fesio, médico de Metz, tradujo también las obras de Hipócrates

la aproximación de Aristóteles o sus discípulos,¹⁵ que distan apenas una década posterior de Hipócrates. Antes del encuentro con Demócrito, Hipócrates sostuvo como principio básico la dinámica de los efluvios corporales que se ha mantenido vigente hasta hoy a lo largo de la evolución del pensamiento fisiológico:

Cada uno de los fluidos tenía sus características de humedad, calor: la sangre, caliente y húmeda; la bilis amarilla, caliente y seca; la bilis negra, fría y seca; y la flema, fría y húmeda. La combinación de humores y el predominio de uno sobre otros caracterizaba el temperamento de los individuos: todo sujeto era sanguíneo, o colérico, o melancólico, o flemático, según sus humores dominantes.¹⁶

En el caso especial del *Problema XXX* encontramos una tendencia a “olvidarlo” a lo largo de la historia, y en especial olvidar la pregunta aristotélica sobre la situación melancólica que se distingue de la enfermedad depresiva. Esta “omisión” se mantuvo hasta el nacimiento de la psiquiatría moderna, pasando por la psicología decimonónica. El calificativo que se ha hecho de la melancolía como mórbida, indeseable, ha sido coherente con las necesidades de censura a la *tristitia*, que se llegó a condenar incluso como “pecado” hasta las políticas del antiguo régimen europeo.

15

del griego y el latín en 1595; parece ser la mejor traducción, dado que Fesio cotejó diferentes códices y manuscritos, y distribuyó las obras de Hipócrates en la misma forma que en la Antigüedad lo había hecho Erociano. En 1665 se publicaron dos volúmenes de las obras grecolatinas de Hipócrates de Vander Linden, impresas en Leyden. Charrerio, médico parisiense, tradujo tanto a Hipócrates como a Galeno, compilados en trece tomos hacia 1679. Cfr: Howard W. Haggard, *El médico en la historia (edición resumida)*, 2009, México, Ediciones del Sindicato Nacional de Trabajadores del Infonavit. pp 53ss.

¹⁵ Recordemos que en muchos de los trabajos de esa época (medio milenio previo a la era cristiana), la posibilidad de asegurar con certidumbre la autoría de los trabajos es todo un reto y por lo tanto, generalmente se torna polémico.

¹⁶ Hipócrates, *Tratados*, 1993, México, Gredos, trad. de Ma. Dolores Lara, Helena Torres y Beatriz Cabellos, p 23.

La revolución del pensamiento hipocrático

Empezaremos por hacer una aclaración entre el discurso hipocrático y el aristotélico. Aristóteles se diferencia de Hipócrates porque Hipócrates permanece en el nivel técnico de la medicina; esto es, en la τέχνη (tecné, arte como intuición). Hipócrates no busca el cuestionamiento y el conocimiento científico,¹⁷ ἐπιστήμη (episteme, como conocimiento puro) propio del pensamiento filosófico clásico¹⁸ de Aristóteles. Hipócrates no parece admirarse ni sorprenderse inicialmente sobre los cuestionamientos que después se hace Aristóteles sobre por qué los grandes genios se encuentran entre los hombres melancólicos. Aunque el médico de la isla de Cos se percató de que un paciente que presenta un estado nostálgico temporal (melancólico) amerita un diagnóstico, piensa que la melancolía no cumple con los atributos de un trastorno que amerite intervención terapéutica. Fue más tarde, por el encuentro con Demócrito, cuando descubrió que no toda melancolía es patológica y que incluso puede favorecer la genialidad.¹⁹

El sorprendente hallazgo que hace Hipócrates, el octogenario sabio, tolerante al cuestionamiento y a la crítica después de explorar clínicamente a Demócrito, pondrá en duda sus criterios médicos sobre la categoría de la locura. Nosotros nos detendremos, con profundo interés, en este encuentro de Hipócrates con Demócrito, el cual quedó consignado en la *Carta a Damageto*. Esta carta posee un profundo peso didáctico y una intención genial, por heredarnos cuestionamientos sobre la condición humana vigentes hoy. Lentes tan diversos como el de

16

¹⁷“Científico” entendido como conocimiento puro, pero no como método científico en el sentido positivista.

¹⁸Muy diferente también a lo que en la actualidad consideramos como “ciencia”, que deriva del pensamiento modernista de los siglos XVIII y XIX y que llegó, en sus inicios, como parte de la premisa del pensamiento freudiano.

¹⁹La alocución propiamente psicoanalítica de “genitalidad” tiene la misma lógica en cuanto al origen filológico: *genitalis*, que engendra o puede hacerlo, relativo a lo original y que a su vez deriva del indoeuropeo “gi-gn”, como prefijo “gn-”, que se refiere a gen-, todo aquello que da origen a algo nuevo. Véase Guido Gómez de Silva, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, 2000, México, Fondo de Cultura Económica, p. 321.

Sigmund Freud muestran la pertinencia de incorporar transdisciplinariamente otros discursos teóricos:

El psicoanálisis se ajusta a un método particular, cuya aplicación en modo alguno está limitado al campo de las funciones psíquicas patológicas, sino que también concierne a la resolución de problemas artísticos, filosóficos o religiosos suministrando en tal sentido múltiples enfoques nuevos y revelaciones de importancia para la historia de la literatura, la mitología, la historia de las culturas y la filosofía de las religiones. Por consiguiente, dicho curso general habría de ser accesible por sí mismo a estudiantes de tales ramas de la ciencia. Es evidente que la estimulación de estas últimas por las ideas analíticas contribuirá a crear, en el sentido de la *universitas literarum*, una unión más estrecha entre la ciencia médica y las ramas del saber que corresponden al ámbito de la filosofía.²⁰

El Problema XXX retoma la clásica teoría hipocrática sobre los efluvios y las peculiaridades del comportamiento fisiológico de la bilis negra, que hace inteligible la pregunta original sobre el origen melancólico de los hombres geniales. Pero la respuesta nace del consorcio entre la medicina y la filosofía.

Hipócrates inaugura la teoría de los humores (*fumus*) o efluvios (*effluvium*), que trata no tanto de gases o fluidos sino de una emisión de efluvios (partículas sutilísimas de diversa naturaleza) y su correlación con el tema de la melancolía, μέλας “negra” y χολή “bilis”²¹ (cólera). Entre los diversos efluvios que componen la naturaleza humana destacan las particularidades de la bilis negra, un efluvio inestable y sin características físicas predecibles. El organismo humano debe enfrentarse a la no predictibilidad de dichas características de manera analógica a lo que ocurre con el esquema topográfico freudiano de la mente, donde hay una clara similitud con la fenomenología del inconsciente.

²⁰ Sigmund Freud, “¿Debe enseñarse el psicoanálisis en la universidad?”, en *Obras completas*, 2007, Buenos Aires, Amorrortu, vol. XVII. p. 171.

²¹ Desde la Antigüedad se sabe que la bilis es producida por el hígado, órgano que da origen al concepto de “derecha” y que está en la mayoría de los seres humanos del lado de la mano más fuerte. Este símbolo que se asocia con fortaleza, sentido, dirección y actividad. Es el humor predominantemente controlado por el melancólico, y no en el abatimiento del depresivo que es únicamente impulsivo en su cólera. Véase Gómez de Silva, *op. cit.*, pp. 214-215.

La idea de vida saludable (ἥσυχια) en el *Corpus hippocraticum*

Es considerada sana, desde la época hipocrática, la persona que construye una vida única e irrepetible y que es señora de su propia vida (biografía, βιογραφία). Esta vida puede ser evocable o bien recordable por medio de la nostalgia y aún más, hasta memorable, cuando la biografía es reconocida por otros hombres.

La vida sana de una persona es entendida desde la tradición hipocrática como un equilibrio dinámico de cuatro efluvios, que son emisiones producidas por el cuerpo humano. Estos efluvios o *humores* son componentes elementales tanto del cuerpo del hombre [*soma*], como de la mente [*psique*].

El equilibrio entre estos efluvios es un complejo juego de interacciones dinámicas del hombre y su entorno. El medio en el que un ser humano se desenvuelve en cada momento de su vida es impredecible, fluctuante e irrepetible. Las condiciones del entorno varían según el clima, la situación geográfica, la época del año, la edad, los alimentos que ingiere y las personas con las cuales interactúa.

Una vida sana requiere una compleja adecuación dinámica (δύναμις, “con fuerza”) entre el sujeto y los objetos, se ajusta y cambia constantemente. Estas adecuaciones están enunciadas en el siguiente fragmento del *Corpus hippocraticum*:

El cuerpo del hombre tiene en sí mismo sangre, pituita, bilis amarilla y bilis negra [esta última, relacionada con la melancolía]; estos elementos constituyen la naturaleza del cuerpo, y por causa de ellos se está enfermo o sano. Se goza de una salud perfecta cuando están mutuamente proporcionadas sus propiedades y cantidades, así como cuando la mezcla es completa. Por el contrario, se enferma cuando alguno de los elementos se separa en mayor o menor cantidad en el cuerpo y no se mezcla con todos los demás.²²

²² Hipócrates, “Sobre la naturaleza del hombre”, en *Tratados hipocráticos*, 2003, Madrid, Gredos, trad. de Jesús de la Villa Polo, Ma. Eugenia Rodríguez Blanco, Jorge Cano Cuenca e Ignacio Rodríguez Alfageme, pp. 36-37.

La palabra que hace referencia a la vida sana, saludable y serena, que es “ἡσυχά”, depende del dinamismo y la fuerza (δύναμις, “dinámica”) en la medicina hipocrática.²³ Esta forma de entender la salud muestra cómo la vida de *cada* individuo depende de una constante interacción entre los componentes del cuerpo humano y las condiciones de su existencia, internas y externas. A lo anterior, Aristóteles añadió la similitud que hay entre la bilis negra y los efectos del vino. El vino bien bebido es una alternativa que ofrece la cultura cuando la bilis negra no está en equilibrio. Los genios crean y por ello pueden beber vino bien bebido. Los artistas ordinarios tienden a embriagarse sin control.

El vino, que es ajeno al cuerpo humano, es semejante a la bilis negra, que es natural y propia del cuerpo. Cuando un hombre elige beber vino, es una decisión concreta e irrenunciable. La cantidad y el momento en el que decide beber vino, lleva a un individuo a tener una vida melancólica excepcional cuya degradación es una vida desmesurada, que puede caer en la locura. Dice Aristóteles:

Así pues, el vino tomado en abundancia parece que predispone a los hombres a caer en un estado semejante al de aquellos que hemos definido como melancólicos, y su consumo crea una gran diversidad de caracteres. [...] Así, del mismo modo que un solo hombre cambia de carácter cuando bebe y se sirve del vino en una determinada cantidad, es posible también encontrar hombres que se corresponden a cada uno de estos caracteres. Pues el estado en que se halla aquel que ha bebido, en aquel momento, es el estado en que se halla otro por naturaleza; uno es charlatán, otro emocional, otro propenso a las lágrimas [...] El vino, pues, hace al individuo excepcional, pero no por mucho tiempo, tan solo por breves momentos, mientras que la naturaleza produce ese efecto continuamente, a lo largo de la vida de un hombre.²⁴

²³ La dinámica o *dýnamis* debe ser entendida aquí más como cualidad o influencia que como potencia. Cfr: “Sobre la dieta”, libro I, capítulo 2, en *Tratados hipocráticos*, 2000, Madrid, Gredos, trad. de María D. Lara Nava, C. García Gual, J. A. López Férrez y B. Cabellos Álvarez, p. 183, núm. 5.

²⁴ Aristóteles. *El hombre de genio y la melancolía*, 2007, Barcelona, Acantilado, trad. de Cristina Serna, pp. 81-85.

Para Aristóteles, no todos los hombres sanos son geniales, pero todos los genios son sanos. Esta genialidad está íntimamente relacionada con la melancolía. La pregunta aristotélica es clara al iniciar el problema XXX.²⁵

¿Por qué razón todos aquellos que han sido hombres de excepción, bien en lo que respecta a la filosofía, o bien a la ciencia del Estado, la poesía o las artes, resultan ser claramente melancólicos y algunos hasta el punto de hallarse atrapados por las enfermedades provocadas por la bilis negra [melancolía], tal y como explican, de entre los relatos de tema heroico, aquellos dedicados a Heracles? En efecto, este héroe parece haber sido de esta naturaleza, puesto que los antiguos denominaban a los males de los epilépticos, a partir de él, enfermedad sagrada. El acceso de locura dirigido contra sus hijos, así como la aparición de las úlceras justo antes de su desaparición en la Eta, lo demuestran. Pues esto es algo que les sucede a muchos a causa de la bilis negra. Le sucedió también a Lisandro el Laconio, a quien se le manifestaron estas ulceraciones antes de su muerte. Por qué no hablar ya de lo que concierne a Áyax y aun a Belerofonte; el primero.²⁶

20 | Un hombre decide o no moverse como consecuencia de una representación mental previa. Cada movimiento actuado es una disposición tomada por cada individuo a partir de un perfil ávido de expresar el deseo de su mente. La avidez del que desea nunca logra satisfacerse. Es quizá la lengua alemana la que mejor precisa e ilumina este concepto con

²⁵ Aristóteles, *Problema XXX*, I, en *El hombre de genio y la melancolía*, 2007, Barcelona, Acantilado, trad. de Cristina Serna, pp. 78-103. Para las obras de Aristóteles se utilizan las abreviaturas del *Index Aristotelicus* de Hermanus Bonitz (*Aristotelis Opera*, MCMLXI, Berolini, apud W. de Gruyter et Socios, vol. V, p. A 1.), en las cuales la primera letra designa la obra de la edición crítica *Aristotelis Opera* según la numeración de Immanuelis Bekker (editada por la Academia Regia Borussica, *Editio altera addendis instruxit fragmentorum collectionem retractavit per Olof Gigon*, MCMLX, Berolini, apud W. de Gruyter et Socios, *volumen primum et alterum*); la segunda, el libro o el capítulo; el número indica la página, las letras *a* o *b* designan la columna y el último número señala el renglón. La traducción de las citas al español de la *Metafísica* de Aristóteles son de la edición trilingüe de Valentín García Yebra, 1982, Madrid, Gredos, y de Aristóteles, *Obras*, 1977, Madrid, Aguilar, trad. de Francisco de P. Samarrach. En la obra de Bekker el texto del problema XXX, I, se encuentra en las páginas 953a, 10ss.

²⁶ Aristóteles, *El hombre de genio y la melancolía*, 953a, pp. 10-20 y pp. 78-79.

la palabra *ausagieren*,²⁷ la cual Freud retomó de Aristóteles, quien comprendió que la representación mental del deseo es claramente consciente en el hombre genial. El hombre genial lo es de forma intermitente según las pulsiones que se transforman en deseos esporádicamente alcanzados. El hombre ordinario no advierte ni sus pulsiones ni sus deseos, y solo advierte su necia impulsividad sin comprenderse. El genio desea naturalmente con avidez y tiene el conocimiento necesario.

El hombre estulto, terco, desprecia la importancia de comprender el origen de sus actos y por lo mismo no advierte su origen, no es consciente de sus deseos, los alcance o no. Esta confusión entre deseos consumados y deseos pendientes es propia del hombre no genial como del enfermo. Esta capacidad de elección, o discernimiento, entre repetir o no la conducta pasada, es desperdiciada por el hombre sano no genial, por el enfermo, e incluso por el loco. La decisión consciente de renunciar al pasado, y por ende de no repetir los errores, provoca el dolor intrapsíquico llamado nostalgia. Y una vez instaurado el síntoma de la nostalgia, la melancolía es inminente. La nostalgia nace de la conciencia de que el pasado es irrepetible y que nunca se tendrá lo que se tuvo. La melancolía nace de la nostalgia porque uno no puede sino reaccionar con furia ante ese dolor, ira negra sana (melancolía). La ira sana construye, se llama agresividad; la ira enferma destruye, es violencia. Es así como la melancolía representa la no actuación destructiva ante sí mismo y los otros. Se relaciona con el concepto hipocrático de salud; eso es ἥσυχια: vida sana, pacífica y serena.

Hoy, el equivalente en lengua inglesa del alemán *ausagieren*²⁸ se entiende en español como un “acto impulsivo transferencial”, lo cual

²⁷ La palabra *Gieren* en alemán es femenina y significa “avidez”, “ser ávido para actuar”. *Ausagieren*, puede traducirse como “representar”. Cfr. *Diccionario alemán-español*, 1982, Barcelona, Herder, p. 137.

²⁸ Freud propuso la palabra *Agieren* (de uso poco corriente en alemán) en 1914, para designar el mecanismo por el cual un sujeto actúa pulsiones, fantasmas y deseos. “Noción elaborada por los psicoanalistas de lengua inglesa como *acting-out*, y después retomada con el mismo nombre en francés como *mauvaise conduite*, para traducir lo que Sigmund Freud llama “puesta en acto”, con el verbo alemán *agieren*. La palabra remite a la técnica psicoanalítica y designa el modo en que el sujeto pasa al acto inconscientemente, fuera o dentro del marco de la cura, pero que evita la verbalización del doloroso recuerdo reprimido, y al mismo tiempo

quiere decir que el paciente repite inconscientemente durante el análisis los deseos impulsivos de su historia. A pesar de la pobre equivalencia al español de *ausagieren*, es necesario rescatar lo que se quiere expresar es el actuar intuitivo y no azaroso. Es valioso recordar que una decisión tiene dos aspectos: actuar por decisión como lo es un movimiento o dejar de actuar. Cada elección de comer un alimento o de rechazarlo, cada acción que un ser humano ejerce o reprime, es una elección irrenunciable y una oportunidad irrepetible que desaparece. Hipócrates hizo este énfasis en su primer aforismo hace más de dos mil años y está vigente:

“La vida es breve;²⁹
la ciencia,³⁰ extensa;
la ocasión, fugaz,³¹
la experiencia, insegura;
el juicio,³² difícil.”³³

Ὁ βίος βραχύς,
ἡ δὲ τέχνη μακρή,
ὁ δὲ καιρὸς ὀξύς,
ἡ δὲ πείρα σφαλερή,
ἡ δὲ κρίσις χαλεπή.³⁴

Vita brevis,
ars longa,
occasio praeceps,
experimentum periculosum,
*e iudicium difficile.*³⁵

Este es un principio básico de la medicina, pues si el médico se detiene o no actúa el paciente puede empeorar o incluso llegar a morir. El genio es como un médico de sí mismo y puede “autodosificarse” lo displacentero porque sabe que lo necesita, aunque le provoque dolor (nostalgia); mientras que el hombre ordinario recurre al médico con la ilusión de que se le proporcione una dosis terapéutica menos dolorosa, aunque puede llegar a ser lo opuesto. El hombre genial solo enferma

para sustraerse a la transferencia. Élisabeth Roudinesco y Plan Michel Plon, *Diccionario de psicoanálisis*, 1998, Buenos Aires, Paidós, trad. de Jorge Piatigorsky, p. 21.

²⁹ La fugacidad y lo irrepitable de cada momento que conforma la vida de cada hombre.

³⁰ “Ciencia” es entendida en el sentido médico de τέχνη (téchne), arte, intuición. No se concibe en el sentido filosófico de ciencia (ἐπιστήμη epistēmē, conocimiento puro).

³¹ La ocasión, καιρὸς, es fugaz (kairós), momento oportuno.

³² El juicio (κρίσις, krisis), difícil.

³³ “Aforismos”, en *Tratados hipocráticos I*, p. 243 y notas 2, 3 y 4.

³⁴ *The Aphorisms of Hippocrates*, MDCCCXXII, Londres, en <http://books.google.com.mx/books?id=_vPKvaXuU-0C&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false>, consultado el 28 de junio de 2016.

³⁵ “Hippocrates”, MCMLIX, Londres y Cambridge, William Heineman LTD y Harvard University Press, en <<http://www.archive.org/stream/hippocrates04hippuoft#page/n9/mode/1up>>, consultado el 28 de junio de 2016.

cuando hay que enfermarse, no desperdicia momentos de vida, mientras que el hombre ordinario se enferma con más frecuencia porque teme en exceso. Somatiza los deseos displacenteros en vez de tolerar el sufrimiento.

El tiempo fluye sin cesar y no ofrece segundas oportunidades. El tiempo cíclico desaparece cuando Cronos (Χρoνος), mítico titán, devora cada instante. El hombre común vive el tiempo vectorial, y en él la muerte está siempre latente. El hombre genial vive en tiempo cíclico y no vive para la muerte. Vive para vivir, no planea el futuro, no usa agendas. Esto es un signo claro del cambio en la comprensión del orden cósmico para el médico hipocrático, que tiene un sentido lineal del tiempo. Para cualquier médico, incluyendo a Hipócrates, el tiempo que enferma es el tiempo vectorial porque está orientado al final, a la muerte. Vivir enferma y mata. El lector de estas líneas, como los que las escribieron, va a morir. Y solo el genio ya lo sabía. El tiempo deja de ser cíclico y empieza a ser pensado como vectorial. Esta transición se advierte en la concepción del tiempo del primero de los médicos, de Asclepio, mítico médico devenido dios de la medicina, y por eso terminó siendo mortal. Asclepio ya considera el tiempo lineal, como también lo hace el hombre que enferma y a quien Asclepio pretende curar. La salud (ἡσυχᾶ) es una prolongación del tiempo lineal que nos alarga la vida mediante el sosiego.

El tiempo cíclico da cuenta del privilegio de la salud que pasa y vuelve imponiéndose sobre la enfermedad, pues de lo contrario no habría vida. La salud se descubre tras la desaparición de los signos clínicos advertidos solo por el médico y los síntomas que sobrevinieron al paciente. La salud es deseada por todo paciente y para el médico mismo (que también es paciente) desde la época de la medicina hipocrática hasta la medicina contemporánea. El tiempo vectorial determina la finitud de la vida por medio de la fatalidad de la irreplicable muerte, que manifiesta la realidad vectorial de la condición humana.³⁶ Cada instante del tiempo vectorial enmarca las enfermedades, que son recurrentes,

³⁶ Cf. Pierre Chaunu, "Las dos concepciones del tiempo", en *Historia y decadencia*, 1983, Barcelona, Juan Garnica, pp. 31-54.

tienen un ciclo y retornan continuamente. Cuando se advierte el paso del tiempo y se le recuerda, entonces la historia de cada hombre se esculpe en una biografía que admite la posibilidad de la enfermedad hasta que se alcanza la muerte. El cincel de la escultura de la vida es todo lo que va en contra de la salud y esto es la enfermedad. Los contratiempos enferman. Esto es lo que advierte el melancólico y ve lo portentoso de su finitud.

La medicina antigua fundada por el mítico Asclepio (Ἀσκληπιός, Esculapio para los romanos) reconoce que toda enfermedad se explica con base en la coincidencia de hechos en el *pasado*. Ese momento es *único* dado que en cada persona concurren en su biografía su entorno (clima, alimentación, lugar, edad, etc.), lo cual determina el proceso mórbido (νόσος, padecimiento). Esta comprensión de una dolencia concreta en el presente se descubre gracias al recuerdo detallado de los momentos vividos por cada hombre. El médico cataliza el recuerdo de lo olvidado, de lo que no recuerda (*recordāri*, tener algo o a alguien en la mente). Algo que tiende a olvidarse (en realidad, a reprimirse). El médico pregunta: ¿qué síntomas tiene usted?, ¿qué le pasa? El médico hace recordar y es un historiador de biografías individuales. En la biografía de cada individuo se inquiere minuciosamente, mediante la anamnesis (ἀνάμνησις, “recuerdo”). Por eso el médico pide este relato, para diagnosticar y encontrar la causa de la ausencia de salud. Cuando se recupera ese añorado estado temporal en que consiste en la salud (ἡσυχία, *pacem in terris*) es menester celebrar la vida, como lo hace Hesiodo en el himno órfico³⁷ dedicado a Asclepio:

Curador de todos los hombres,
Asclepio, que alejas de todos las enfermedades dolorosas,
que haces dulces presentes, que vienes trayendo

³⁷ Los himnos órficos (relacionados con el mítico Orfeo), inspiraron una forma nueva de comprender la muerte en el mundo griego clásico, donde Apolo (padre de Asclepio y ancestro de Hipócrates de Cos), en conjunto con Dionisio, se convirtieron en deidades fundamentales (frente a las no dionisiacas, las apolíneas). Buscaron una forma de trascendencia después de la muerte. Platón y Aristóteles fueron seguidores de la tradición órfica. Véase Javier Martínez Villarroja, “Textos órficos: mapas del otro mundo”, *Estudios*, 2013, vol. XI, núm. 105, pp. 17-18.

salud, que ahuyentas lejos de los enfermos las *Keres* [destino] de la muerte; dichoso joven, ilustre y venerable hijo de Febo Apolo, enemigo de las enfermedades, que tienes por esposa a la santa irrepachable; ven, ¡oh bienaventurado salvador! Y da un dichoso fin a nuestra vida.³⁸

Asclepio es un personaje peculiar en el panteón griego, fruto de los amores del hijo de Zeus, Apolo (Ἀπέλλων, Apolo) con Coronis, una virgen mortal de Tesalia, quien termina sus días muerta por los celos del dios griego. Apolo entra en cólera (una suerte de *ausagieren*) al enterarse de que un mortal, Isquis,³⁹ se desposaría con Coronis, su amante mortal que contemplaba su próxima boda llevando ya en su vientre al hijo de Apolo: Asclepio.

Con una flecha, Apolo consumó su impulsiva venganza asesina que mató a su rival mortal, Isquis, por desposarse con Coronis, madre de Asclepio. La muerte la ejecutó la hermana de Apolo, la diosa Artemisa, quien mató a la infeliz Coronis. Cuando Apolo vio que su amante Coronis agonizaba, se llenó de compasión por el hijo aun no nacido, de modo que lo tomó mediante cesárea (o “asclepias”) póstuma del vientre de Coronis y lo llevó a la cueva del centauro Quirón (Χείρων, *Cheirôn*), maestro de alumnos geniales, en quien delegó el cuidado y la educación de su hijo Asclepio. Quirón, el Sócrates mitológico rodeado de múltiples discentes melancólicos, es un personaje inteligente, sabio y de buen carácter que transmite con devoción y esmero sus virtudes, a quien se convirtió en figura mesiánica para los mortales y devino dios de la medicina: Asclepio.⁴⁰

³⁸ Arturo G. Rillo, “El origen griego del caduceo: Esculapio”, *Colombia Médica*, vol. 39, núm. 4, octubre-diciembre de 2008, p. 385.

³⁹ Es interesante que aún pervive el doble sentido antitético de la palabra Isquis (ισχύς, poder), en el nombre del hueso más frágil de la pelvis, el isquion (ισχίον, *ischium*), y de Isquis (ισχύς). El trágico desenlace de su vida como amante de Coronis, madre de Asclepio, se mantiene al conformar en la estructura ósea que acuna a un nuevo ser humano durante el embarazo en el útero grávido, tanto como representación de poder, cuanto de la debilidad característica de la condición humana.

⁴⁰ Antonio Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, 1988, Madrid, Gredos, pp. 447-448.

Quirón, centauro, sabio y paciente, crio y educó tanto a Asclepio⁴¹ cuanto a otros muchos héroes, como a Aquiles, Áyax, Teseo, Heracles y varios más. Algunos de ellos son señalados por Aristóteles en el *Problema XXX*, tanto como geniales y melancólicos, cuanto como locos y enfermos.⁴²

El abuelo de Asclepio, Zeus, padre de Apolo, decide extinguirlo con un rayo. Pero cuando Zeus mata a Asclepio, le autoriza representar su dignidad y honor como sanador perfecto que vence al tiempo vectorial y que advierte la muerte, incluso la propia, regresando gozosamente por medio de la sanación, la cual solo se da en el tiempo cíclico. Zeus hace mortal a Asclepio, para curar a los mortales. Es el precio que tiene que pagar un hijo de dioses, como el divino Asclepio, si quiere ser médico; debe ser mortal porque debe ser consciente de que morirá definitivamente, como sus pacientes, por más que aspire a la salud. Porque eso es la vida, vivir para morir. Esto es lo que sabe muy bien el melancólico; sabe que va a morir y que, por tanto, ningún instante se repite. El tiempo cíclico anuncia la paz de la eternidad donde la finitud no se concibe.

Un réquiem (descanso, paz) celebra la llegada a la vida eterna (composición que se canta con el texto litúrgico de la misa de difuntos).

Asclepio se convierte en Ofiuco, que significa “el que sujeta a la serpiente” (*Serpens*).⁴³ El báculo de Asclepio (Ράβδος του Ασκληπιού), es un bastón rodeado por una serpiente. Este es el símbolo del sanador que ha trascendido, a pesar de que equivocadamente la gente piensa que solo simboliza a la medicina. Porta un báculo toda persona que merece ser seguida, pues dirige a sus seguidores, todos mortales, a una vida plena. El bastón es propio del sabio, quien sobre todo sabe de sí mismo, sabe quién es y quiere seguir vivo. Es el que guía sin caer ni perderse.

⁴¹ Ovidio, *Las metamorfosis*, II, 1988, Madrid, Gredos, pp. 447, 542–547 y 596–641 y en <http://la.wikisource.org/wiki/Metamorphoses_%28Ovidius%29/Liber_II>, consultado el 28 de junio de 2016.

⁴² Aristóteles. *El hombre de genio y la melancolía*, pp. 81–85

⁴³ “La serpiente no es médico, es medicina: El espíritu del terapeuta que debe experimentarlo en primer lugar sobre sí mismo”, como para Asclepio fue lo doloroso de su propio nacimiento y de su propia muerte. Véase Jean Chevalier (dir.), *Diccionario de los símbolos*, 1999, Barcelona, Herder, trad. de Manuel Silvar y Arturo Rodríguez, p. 933.

Es *Geras* (Γῆρας, la hija de la noche que nació vieja), es *Tanathos* (Θάνατος, hermana de *Geras*), es el maestro que añora descendencia y trascendencia, y no obstante, se sabe mortal y humano.

Como consecuencia de que Zeus haya hecho mortal a su nieto Asclepio, sus descendientes, empezando por Hipócrates, seguirán la misma senda en su vida mortal. El médico es un hombre que busca en cada momento la vida; esta pasión es la que intenta contagiar a su paciente, puesto que él mismo, en primerísimo lugar, busca huir de su propia muerte. El inalcanzable deseo humano de la inmortalidad pertenece particularmente al médico que sabe que es mortal y que por tanto busca la propia paz (o salud) y por ende la de su paciente. El médico se convierte en escudriñador cuidadoso de la muerte.

La muerte (Θάνατος, *thanatos*) es una deidad griega destacada entre las otras hijas de la noche: la vejez (γερὰς, *geras*), el letargo (ύπνος, *hypnos*), el sueño (ονειρος, *oneiros*), la evadía divina (νέμεσις, *nemesis*), etc. Da cuenta de una forma muy particular, quizá la que más, de la condición humana. La muerte y sus hermanas son hijas del aliento divino que produjo el orden cósmico, llamado *Eros* (Ερως, *eros*). Eros es el amor primigenio de donde se origina el orden, el cosmos, y por lo tanto toda criatura.

Paradójicamente, la vida es la verdadera enfermedad del hombre. Porque en cierto sentido la vida es incurable, siempre concluye en la muerte. Por ello se dice que cuando una mujer da a luz “se alivia”, porque quien morirá es el nacido. El nacido disfrutó a lo largo de nueve meses un gozo muy distinto al de esta vida, el gozo de vivir dentro de su madre. De algún modo ambos, madre e hijo, nacen y mueren en el parto. Lo que empieza le depara a la madre un nuevo horizonte, una nueva vida, un nacer, *nascēre*. Durante el trabajo de parto, quien fue grávida, que significa importante (*gravis*), se convierte en frágil y entra en el puerperio (*puerpēra*), que es el período que transcurre desde el parto hasta que la mujer vuelve al estado ordinario anterior a la gestación. En el puerperio la madre descubre, antes que el parido, la dolorosa realidad que perfila dos nuevas personas y dos nuevas biografías. Madre e hijo pueden ser melancólicos y añorar lo imposible. Desean volver a la

situación vivida, desean volver a la unión que vivieron en el estado gravídico. Es una negación del tiempo que ocurre y concurre en la melancolía de ambos. Este es el gemido de la expulsión y el primer llanto del niño. La madre a su vez vive la depresión posparto; el niño, la angustia de la separación. Si niegan este doloroso hecho pierden la primera verdadera oportunidad de ser melancólicos. La última ocasión es la muerte, la expiración.

La madre, consciente de su mortalidad, busca sostenerse en el maravilloso idilio de la eternidad omnipotente. No obstante, el hijo y la madre son correlativos. El hijo le confiere a la madre el ser madre y ella experimenta el idilio omnipotente de dar vida, el cual es exclusivo de los dioses, a pesar de su modesta realidad humana. Cuando el niño nace, por medio de su inconexión muestra a su madre que no es omnipotente, que es frágil, que es mortal y que cada día dependerá menos de ella. En ese momento la madre toma conciencia de que ambos son diferentes, distintos e irrepetibles. Siente dolor porque el parto pone fin al portentoso devaneo de la gestación y no ve que fue un don divino el ser transmisora de la vida. En el engendrar, y en el ser engendrable, se toma conciencia de la mortalidad propia del ser humano. La muerte, al poner fin a la vida, resulta ser también un don divino porque interrumpe la vida (eterna) en el tiempo. No es bueno que los hombres vivan 100, 300 o 1000 años.⁴⁴

La vida humana, que es mortal e incurable, está sujeta a la enfermedad, que es común a toda la humanidad. Los vivos poseen el cuasi absurdo síntoma del deseo de salud. Este deseo es el foro donde se desarrolla la vida y este escenario se transmite como arquetípico. Este deseo filogenético de no morir subyace en cada añoranza. Durante el dormir, en cada sueño está presente esa morriña porque los sueños son deseos pendientes, inconclusos, y el deseo más universal se materializa en el sueño de no morir. Todo sueño actúa como deseo individual de no morir, y al no consumarse ese deseo se trasmite a la prole como arquetipo y se convierte en deseo heredado, en deseo colectivo.⁴⁵ Este deseo

⁴⁴ Cfr. Génesis 3, 22-23.

⁴⁵ Cfr. Carl G. Jung, *Símbolos de transformación*, 1962, Buenos Aires, Paidós, pp. 85-86.

es recordado escuetamente durante la vigilia de cada hombre, particularmente quien es consciente del transcurrir de su vida, del hombre que vive y no es vivido. Del hombre auténtico que no vive del *alienum*, que no está enajenado.

Por ello el melancólico, que acepta su nostalgia, es un hombre genial, que esculpe, no pinta, su biografía. Leonardo da Vinci (1452-1519) distingue entre esculpir la vida (*per via di levare*) que es el desvelar o descubrir en el burdo bloque de mármol su individualidad y vida personal, del plasmar o poner capas de pintar (*per via di porre*) por medio del pincel, lo cual genera lo opuesto.⁴⁶ El pincel o el cálamo hacen surcos en donde se dejan huellas de los colores sobre lo que fue la *tabula rasa* de lo blanco. Son dos maneras de vivir la vida, una es el esculpir la vida aceptándola y cosechando los momentos de salud; y la otra, es el plasmar imágenes sobre los deseos pendientes de la vida cubriendo o reprimiéndolos. Uno, el que la acepta y vive su vida, y otro el que la oculta y la niega con las imágenes oníricas que le resultan ininteligibles, que alejan de la vida real, sana y feliz. Tanto el médico como el hombre genial son capaces de entender el origen de la enfermedad al identificar los deseos pendientes e inconclusos. El genio es capaz de interpretar sus sueños y el hombre ordinario necesita al médico para hacerlo. La diferencia estriba en que el médico interpreta el deseo del paciente, quien en efecto es un hombre ordinario, mientras que el hombre de excepción o genial es semejante a quien cura ayudando a recordar lo reprimido, pues se entiende y puede entender sus deseos no obstante el dolor que le asestan. Esta es la nostalgia, el dolor más fuerte que puede padecer un ser humano, y que consiste en recordar lo que ha perdido y que nunca volverá, pero que permanece bosquejado en sus deseos. Al soñar ese deseo se

⁴⁶ Este texto de Leonardo es citado por Freud, véase *Obras completas*, vol. VII. *Sobre psicoterapia* (1905 [1904]), 2008, Buenos Aires, Amorrortu, p. 250. Es interesante la cita que hace Freud del *Tratato della Pittura* (*Codex Atlanticus*) de Leonardo en *Un ricordo d'infanzia di Leonardo da Vinci*: "Il che tutto al contrario avviene al pittore. Imperocché il pittore con grande agio siede dinanzi alla sua opera, ben vestito, e muove il lievissimo pennello con li vaghi colori. E ornato di vestimenti come a lui piace, e è l'abitazione sua piena di vaghe pitture e pulita; e accompagnata spesse volte di musiche o lettori di varie e belle, le quali senza strepito di Martelli o d'altro rumore misto-sono con gran piacere udite"; en Sigmund Freud, *Opere*, 1905/1921, Roma, Ed. I Mammuti Grandi Tascabili Economici, p. 364.

exterioriza, el hombre sano recuerda sus sueños. El hombre enfermo no los recuerda, los reprime y por ello está enfermo. El enfermo repite la terquedad de no soportar la frustración de renunciar a lo imposible. Los enfermos son intolerantes a la frustración de aceptar la pérdida.

El hombre ordinario cubre y encubre, reprime sus deseos, en la medida en que eso está a su alcance, para evadir el dolor de la nostalgia y con estulticia evitar la frustración a cualquier precio. No renuncia y por ello repite. No renuncia a lo perdido y busca lo no alcanzado, pero ahora sin medida. Puede llegar a cubrir ese dolor por diferentes medios, incluso con alcohol o con cualquier adicción que lo llevan a la locura. Esto es lo que advirtió Aristóteles. El hombre ordinario no busca manifestar el origen de la enfermedad, no quiere esculpir su realidad, sino apenas encubirla por medio de una burda pintura o un tosco dibujo del dolor de lo no logrado. Sus sueños pintan lo que le quedó pendiente en la vida como una oportunidad perdida. Sus sueños son el esbozo y la vigilia del siguiente día, donde se busca su realización. Este sueño no es el sueño del genio, quien es capaz de interpretarlo y advertir las consecuencias.

El deseo de vivir honestamente, de no enfermar, o al menos de recuperarse de un estado mórbido, le arrebató al melancólico aquella pausa que lo confunde con el abatido y le propina nueva energía para continuar la narración de una vida única que él mismo escribe y lee, mientras las lágrimas de la nostalgia vuelven a darle el testimonio de su misterio. Esta es la condición humana. Colectivamente, este misterio busca ubicarse fuera del tiempo histórico y se transmite de generación en generación mediante el mito (μῦθος), el cual está fuera de lo verbalizable en la vida mortal. Ese deseo del *deber ser y vivir la propia vida* aflora en los mitos.

En cada segundo irreplicable de su vida consciente todo hombre esculpe, día a día, cada página de su vida y consume su biografía. El gran reto humano es mantener la conciencia en su mutabilidad, que es perene, pero individual. Por lo demás, el hombre genial consciente hace propio el mito colectivo. El genio distingue y elige lo sagrado sobre lo profano. El médico Esculapio escogió el don sagrado de curar ante lo profano del simple comer o beber, como si eso fuera reparador.

La salud es una condición exclusivamente humana, porque los animales únicamente sobreviven, no tienen biografía. La salud, que no solo es la ausencia de enfermedad, es lo que permite conquistar la libertad de decidir, vivir y vencer la enfermedad primaria, la conciencia de la muerte. La muerte es idiopática, desconocemos su verdadera causa. El origen de la muerte es parte del misterio humano. El paciente melancólico vence esta enfermedad con el fin de continuar con la propia biografía.

La pasión que tiene el médico por la vida y por el arte de curar nace del deseo personal de mantenerse vivo. El amor a la vida de todo médico, de alguna manera, se inspira en la inmortalidad perdida de Asclepio; solo así puede sanar al enfermo y alejar de él la muerte. La enfermedad la padeció y la sublimó Hipócrates, hijo mítico de Asclepio, al concebir la idea de salud como *ἡσυχία*, paz y sosiego.

Solo el genio puede conceptualizar la salud y los medios para alcanzarla. ¡El estulto mata! Aunque sea humano. El hombre ordinario al matar puede ser más vicioso, pues el animal mata por necesidad. El hombre ordinario no ve lo sagrado de la vida y la supone profanable. Es Hipócrates quien pretende que su paciente no pierda la paz de la salud, a pesar de que sabe que fatalmente finalizará con la muerte. El genio entiende la vida y desea la trascendencia, aunque su paciente no sea consciente de eso. El genio es el que verdaderamente cura, no basta saber medicina. Es necesario saberse, saber de sí, para ser médico sanador. El médico melancólico genial es el único capaz de sufrir la dolencia del otro. Esta virtud caracteriza la aspiración humana de vivir y define al melancólico. Es una virtud patognomónica del melancólico.

El médico que no desea su trascendencia ni la de su paciente es ordinario. No logra la satisfacción de asumir su salud. Pero cuando el médico vislumbra una trascendencia que sobrepasa a su dictamen, descubre aquello que lo confunde. El diagnóstico siempre es confuso pero intuitivo, porque el médico desconoce la totalidad mórbida de su paciente y, sin embargo, le apasiona. Lo que apasiona a un médico es evitar la muerte de su paciente, y preferiría morir antes que él como cualquier individuo que evade el dolor de quedarse solo en la vida cuando otro

ser querido ya ha partido. La vida propia y ajena, por encima de la muerte, es un misterio sorprendente y escandaloso con relación al orden físico de las cosas que se degeneran y se degradan.

Primum nil nocere

Primum nil nocere o *primum non nocere* (“lo primero es no hacer daño”), aforismo atribuido a Hipócrates que advierte callar para escuchar al doliente. Hablar prejuiciosamente es hacer daño, pues al doliente hay que escucharlo. Sin invadir con la pregunta, que es lo que el facultativo silvestre hace y que recuerda el porqué del acusmático pitagórico. Entre los pitagóricos, al principiante no se le permitía ver al maestro filósofo ni hablar en las reuniones, sino tan solo oírlo a través de una cortina. El diván en el psicoanálisis permite al analista guardar largos silencios ante la presencia inminente del paciente. El silencio del analista permite que el paciente debilite su represión y recuerde el trauma.

El melancólico genial es el paciente de excepción. Leonardo da Vinci es visto por Freud así: fue un “genio omnilateral ‘cuyos contornos no [se] puede apenas sospechar, nunca averiguar exhaustivamente’”.⁴⁷

Cuando Freud buscó diagnosticar, por medio de un análisis histórico, a Leonardo da Vinci, en un primer momento le pareció un hombre ordinario, o quizá tal vez brillante, el cual podría confundirse con el prototipo del neurótico obsesivo. Sin embargo, finalmente descubre la forma en la que sobresale su excepcional genialidad melancólica:

[Leonardo no fue ni t]ampoco pertenecía [a] ese tipo de hombres geniales cuya apariencia muestra las tachas de una naturaleza avara y que a la vez no atribuyen valor alguno a las formas externas de la vida, rehuendo el trato con los hombres, dolido y ensombrecido su talante. Era, al contrario, de buena talla, proporcionado, de perfecta belleza su rostro, y poseía un vigor físico poco común; de encantadores modales, maestro del discurso,

⁴⁷ Freud, “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, en *Obras completas*, vol. X, p. 59. Literalmente dice Freud en italiano: “Egli fu un genio universale t il cui profilo può solo essere congetturato, mai definito”; “Un ricordo d’infanzia di Leonardo da Vinci,” en *Opere*, p. 361.

cálido y amable con todos. Amaba la belleza también en las cosas que rodeaban, usaba con gusto ricos vestidos y estimaba todos los refinamientos de la vida. [...] En un pasaje de su *Trattato della Pittura*, significativo respecto de su festiva aptitud para el goce, compara la pintura con sus artes hermanas y describe las penurias del trabajo del escultor.⁴⁸

Se puede sacar provecho de la determinación del psicoanálisis freudiano clásico, y por tanto vigente, de los hombres comunes u ordinarios descritos en la triada neurótica,⁴⁹ que consiste en poseer una estructura psíquica esencialmente obsesiva, fóbica o histriónica. Veamos cada uno:

1. En la construcción de toda personalidad, entendida casi como máscara individual, la más arcaica de las personalidades es la neurótica obsesiva. El síntoma del displacer, del deseo no concluido, se manifiesta esencialmente con comportamientos rígidos, en los que el lenguaje verbal busca únicamente el control sobre los otros y aísla cualquier expresión de afecto para evitar su exteriorización. Como personalidad primitiva que tiene un “yo” poco desarrollado, y por tanto frágil, ve al otro siempre como autoridad destructiva y no puede expresar su afecto. Se da una sustitución de la auténtica expresión del afecto y padece ansiedad. La ansiedad se materializa parcialmente por la expulsión de fluidos causada por la contracción de los músculos involuntarios, lo cual genera la sudoración, el catarro, la diarrea, las lágrimas, etc., y por la contracción de la musculatura voluntaria resultan temblor, actuación impulsiva colérica, pasividad que muestra represión, inmovilidad ficticia o movimientos que dan cuenta de lo distante que se encuentra la persona de lograr consumir un deseo legítimo de sosiego y paz.

2. Un segundo momento del desarrollo evolutivo, se da en la personalidad fóbica. Hay un paso de la neurosis de ansiedad a la neurosis fóbica. El hombre ordinario que alcanza la personalidad fóbica con

⁴⁸ Freud, “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”, p. 60.

⁴⁹ En un sentido nosográfico, se refiere a la categoría de “neurosis de transferencia” que comprende las histerias, las neurosis obsesivas y las fobias o neurosis de angustia que definió en 1914. Cfr: Sigmund Freud, “Introducción al narcisismo”, en *Obras completas*, vol. XIV, pp. 75 y 79.

miedos o fobias que solamente sirven para ocultar lo que desea y no de enfrentarse a lo que realmente son sus “filias”. Detrás de cada fobia hay una filia. En este caso, el cuerpo se expresa de manera simbólica a través del síntoma hipocondríaco, y no ya únicamente por síntomas ansiosos característicos del obsesivo.

3. Finalmente, se da la personalidad histriónica que autodramatiza, que actúa el deseo solo para sí mismo, roza la melancolía sin alcanzarla, la esboza “leonardezcamente” *per via di porre*. Enferma en el momento preciso y se cura con oportunidad gracias a que permite la intervención del galeno y no debe tratarse a sí mismo. Sabe pedir ayuda, pide porque sabe recibir. El melancólico no es obsesivo, ni fóbico ni histérico. Es el único que logra sublimar el dolor de la nostalgia por el pasado que no volverá y que en el presente la salud lo reta y la consigue para seguir viviendo.

En este sentido un artista es histriónico, el más destacado entre los tres grupos de hombres de la triada neurótica. No lo es ni el científico (ritual obsesivo) ni el filósofo (fóbico y paranoide). Estos perfiles son caracterizados por Sigmund Freud en *El malestar de la cultura*.⁵⁰

La nostalgia no es una enfermedad

De aquí que la nostalgia no sea una enfermedad, aunque se confunda con lo que padecen los abatidos, que es la incapacidad del hombre ordinario de descubrir el *continuum* que hila cada momento de su biografía, puesto que no puede resolver el duelo de todo lo que ha perdido y nunca más podrá recuperar. Los que padecen distimia (mal humor) quedan hundidos constantemente en el síndrome depresivo que, según Hipócrates, se explica por un funcionamiento anormal del efluvio negro. La distimia sí es una enfermedad; el mal humor, o dolor psíquico, es el principal síntoma que estudia la psiquiatría actual. Pero este funcio-

⁵⁰ Cfr. *Obras Completas*, vol. VII, “El malestar de la cultura” (1930 [1929]), 2008, Buenos Aires, Amorrotu. Parece ser que “El malestar en la cultura” es una mejor traducción, pues en alemán dice: *Das Unbehagen in der Kultur* (1930).

namiento anormal del efluvio negro, llamado bilis negra, no es propiamente la melancolía a la que se refiere Aristóteles.

La Melancolía. Albrecht Durero (1514). Grabado.⁵¹

El melancólico aristotélico no siempre se siente abatido; alcanza la depresión, pero también la eutimia (buen “humor”). El melancólico va del mal “humor” (mal efluvio) al buen “humor” (buen efluvio), que es el paso que la bilis negra permite cuando funciona correctamente en el organismo. Así el nostálgico genial o se recupera de la depresión por medio de la ira, o bien, se queda en el abatimiento, pero nunca renuncia a seguir viviendo. El acto de quitarse la vida, la *oxitimia*, no se da, porque el abatimiento del melancólico genial no lo lleva al suicidio.

⁵¹ Tomado de <http://www.google.com.mx/imgres?imgurl=http://lh6.ggpht.com/tdxK9xRmYR0eFCKAqVs8cUSliWSaSV10i5NL2P_GwJCBj6p_PqGeqUPl2tMe%3Ds1200&imgrefurl=http://www.google.com/culturalinstitute/asset-viewer/VAGFd5Mb8J7_bg%3Futm_source%3Dgoogle%26utm_medium%3Dkp%26hl%3Den%26projectId%3Dart-project&h=1200&w=944&tbnid=Mp2cSWq9jM9JpM:&tbnh=186&tbnw=146&docid=7134vvtY0KNAM&itg=1&usq=__dxUGpg-ZafYWgJr0Avwoh5t8_D4=>>, consultado el 28 de junio de 2016.

El genio percibe con vértigo la muerte pero no renuncia a la vida. Ningún genio se mata (*occidēre*), dice Aristóteles: solo aquel hombre que se vuelve loco “hasta el punto de hallarse atrapado por las enfermedades provocadas por la bilis negra [...] el acceso a la locura dirigido contra sus hijos, [se refiere a Heracles, el gran héroe de la mitología griega] así como la aparición de úlceras justo antes de su desaparición en el Eta”.⁵²

El melancólico tiene que estar sano, y para ser melancólico tiene que padecer nostalgia pero no depresión, y tiene que ser valiente o templado, según su momento. La duda o la indecisión obsesiva son signos clínicos que están por encima del dubitativo reto de saborearse a sí mismo, o saberse. *Sapere aude*.⁵³ El cobarde parlotea y es arrebatado por la angustia de no poder superar la frustración habida en el presente. El abatido también se muestra pusilánime o excesivamente maniaco, para después caer en una contrastante depresión que reitera su cólera por el objeto perdido que no logrará recuperar jamás. El hombre ordinario que se deprime se aferra a un pasado inexistente. Debería ver su pasado como historia, pero no lo hace. Vive en el delirio de pretender cambiar su pasado. La patología del depresivo niega el presente a causa de su enfermedad. En su historia no logra descubrir, con el cincel, la escultura individual de una biografía que es distinta en cada página de cada día. El bloque burdo de mármol solo se queda en un grosero intento de ser un hombre único en un momento irrepetible, y no llega a esculpir su biografía. Ya lo advirtió Demócrito: el hombre ordinario provoca risa, por esa grosera y trágica realidad de vivir sin refinar su vida. No responde a las demandas de su vida. Es descortés consigo mismo, presenta una falta grande de atención y de respeto. Es vulgar y carece para sí mismo de novedad e importancia, y de verdad y fundamento. No vive, es vivido. Está enajenado. El hombre ordinario es de poca estimación y

⁵² Aristóteles, Problema XXX, I, § 953a10ss.

⁵³ “Atrévete a saber.” Esta es la locución latina de la *Epístola* 1.2.40 de Horacio, tanto por lo que evoca el verbo *sapere*, como experiencia sensorial que el olfato y el gusto detectan sobre lo que el hombre ha probado y recuerda por su sabor, cómo por lo que es capaz de descubrir por el saber novedoso de su vida.

se burla del culto y de la cultura. No sabe que no sabe, ni quiere dejar de ignorar. Y no sabe a nada. Es insípido. Dice Aristóteles:

Los que exceden en lo que hace reír son considerados como bufones vulgares, procuran hacer reír a toda costa y se proponen más provocar la risa que decir cosas graciosas o no molestar al que es objeto de sus burlas. Por otra parte, los que ellos mismos no dicen nada que haga reír y llevan a mal que lo hagan otros parecen intratables y ásperos. [...] A la disposición intermedia [entre el bufón y el arisco] pertenece también [el que tiene] el tacto. Es propio del que tiene tacto decir y oír lo que cuadra a un hombre de bien y distinguir; este puede, en efecto, decir y oír cosas en tono de broma y las bromas del hombre distinguido difieren de las del hombre de índole servil, las del educado de las del que no tiene educación.⁵⁴

La risa del melancólico

El melancólico tiende a ser alegre, pero su risa es nostálgica (νόστος, que significa “regreso” y -αλγία, “dolor”), lo cual expresa su deseo de volver al pasado. El melancólico se percata de que no puede volver a vivir su historia personal ni repetir su biografía. La risa es su manera de asumir que le es imposible porque ya pasó, ya no existe, y no puede volver. La acción de recordar el deseo insatisfecho suscita un profundo dolor. Sin embargo, su risa lo libera al revivir una historia ya concluida, y no cae en el error de pretender repetir el pasado. La risa le permite evitar reprimir el recuerdo y evita mecanismos mórbidos intrapsíquicos. Esto ayuda a responder a Aristóteles, quien se preguntó por qué solo algunos melancólicos enfermaban de depresión o manía (μανία, “locura”).

Este absurdo, en el que coexiste la alegría y el dolor, provoca tanto tristeza como risa. En el melancólico logran cohabitar lo doloroso y lo cómico de la vida. El hombre ordinario y el doliente ven en esto un

⁵⁴ Aristóteles. *Ética a Nicómaco*, libro IV, capítulo 8, 1128a 4ss., 1999, Madrid, Real Academia Española, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, trad. de María Araujo y Julián Marías, p 68.

aparente absurdo. Bergson⁵⁵ (1859-1941) lo advierte y por ello es citado y apreciado por Freud,⁵⁶ porque lo absurdo conmueve al hombre ingenioso que se percata de la verdad de su semejante. Freud expresa el problema en *El chiste y su relación con lo inconsciente*:

Por qué nos reímos de una cabellera que ha encanecido? ¿Qué es lo que hace que resulte cómica una nariz rubicunda? ¿Por qué nos causa risa una persona de color? Cuestión embarazosa, al parecer, ya que psicólogos como Kecker, Kraepelin y Lipps [los padres de la psiquiatría moderna] se la plantearon uno tras otro y han respondido tan distintamente.⁵⁷

El genio se puede reír de lo que duele. Se burla de sí mismo sin vergüenza narcisista, que es el miedo al ridículo que genera la violencia desde los otros.⁵⁸ Esto se explica porque sociablemente el genio es motivo de burla y exclusión. El melancólico puede ser sociable y adusto a la vez. Es capaz de reír y hacer reír, pues ha logrado elaborar y superar sus pérdidas emocionales, sus duelos, por lo que puede continuar esculpiendo su biografía, viviendo su vida sanamente. Cuando no está presente, el melancólico es recordado y evocado por su ingenio. El melancólico digiere tanto sus propios duelos, como los de los demás; habita la memoria de otros y logra no ser olvidado. Es immortalizado y se perpetúa. El melancólico trasciende, cuando se le reconoce su genialidad. Es así como la risa del hombre genial melancólico se convierte en un patrimonio de la sociedad. Su risa ya no es solo su patrimonio, sino de su estirpe, de su tiempo y de la humanidad toda.⁵⁹ Para él ya

⁵⁵ Henri Bergson, *Le Rire* 1910, París y Chartres, Félix Alcan e Imprimerie Durand, p. 24.

⁵⁶ Bergson es citado por Freud en "El chiste y su relación con lo inconsciente", (1905) en *Obras completas*, vol. VIII, pp. 179, 197-198 y 210-211.

⁵⁷ "Pourquoi rions-nous d'une chevelure qui a passé du brun au blond? D'où vient le comique d'un nez rubicond? et pourquoi rit-on d'un nègre? Question embarrassante, semble-t-il, puisque des psychologues tels que Hecker, Kraepelin, Lipps se la posèrent tour à tour et y répondirent diversement"; Bergson, *loc. cit.* La traducción es nuestra.

⁵⁸ Cfr. James F. Masterson, *The narcissistic and borderline disorders*, 1981, Nueva York, Brunner / Mazel, pp. 7 y 43-47.

⁵⁹ Cfr. Auguste Comte (1798-1857), *Discurso sobre el espíritu positivo*, 1980, Buenos Aires, Aguilar, trad. del francés de Consuelo Berges, pp. 127-128. "Si la idea de sociedad parece todavía una abstracción de nuestra inteligencia, es, sobre todo, en virtud del antiguo régimen filosófico; pues a decir verdad, es la idea de individuo a quien pertenece al carácter, al menos en nuestra especie [...] No solo la búsqueda activa del bien público que representará

no hay extranjeros, el genio difumina fronteras. El hombre excepcional que ríe se transforma así en alguien inolvidable, por irrepetible. Los hombres ordinarios son predecibles y se repiten porque no son causa ni señores de su biografía. El hombre predecible que repite compulsivamente patrones de biografías ajenas no tiene más necesidad que la facultad de imitar a otros sin elegir por él mismo su plan de vida y los actos cotidianos en su biografía. Hay excepciones, pero la mayoría de los hombres no geniales difícilmente desarrollan su individualidad.⁶⁰ Solo el melancólico puede ser médico de los médicos ordinarios. Estos últimos se jactan de ser artistas y peritos dogmáticamente incuestionables, sin ser capaces de ver la locura de sí mismos ni la de sus pacientes. El “exceso de razón”, la desmesura (la *hybris* o la soberbia), es locura, y todos participamos en ella, pues vive en el error quien piensa que no hay algo de locura en él.

Los abderitas diagnosticaban de loco a Demócrito

Los prejuicios de Hipócrates que lo llevaron a calificar de loco a Demócrito, sin siquiera haberlo visitado, están consignados en la Carta de Hipócrates a Filomeno, uno de sus discípulos, en donde confunde depresión y abatimiento con melancolía y genialidad:

Demócrito no presenta signos manifiestos de locura, sino de un vigor del alma poco común, ya no tiene en su mente ni a su mujer ni a sus hijos, ni a sus parientes ni a sus hijos, ni a sus parientes ni a su fortuna, ni a nada; se repliega día y noche sobre sí mismo y vive, de un modo solitario, en cavernas y desiertos, a la sombra de los árboles, sobre la suave hierba a la orilla de ríos. A los melancólicos les ocurren, con frecuencia, cosas de

sin cesar el modo más propio para asegurar común ente la felicidad privada [...] Pues sí, como no podría dudarse, la felicidad resulta, sobre todo, de una acertada actividad, debe depender, principalmente por tanto, de los instintos simpáticos, aunque nuestra organización no les conceda de ordinario una energía preponderante; puesto que los sentimientos benévolos son los únicos que pueden desarrollarse libremente en el estado social, que naturalmente los estimula cada vez más, al abrirles un campo indefinido”, p. 34.

⁶⁰ Cfr. John Stuart Mill (1806-1873), *Sobre la libertad*, 2007, Barcelona, Folio, pp. 69ss.

este tipo: muchas veces son taciturnos, solitarios y amantes de los lugares aislados; rehúyen a los hombres y miran a sus iguales como extraños. Tampoco es raro, entre quienes se dedican al conocimiento, que su disposición a la sabiduría los lleve a olvidar cualquier otra preocupación.⁶¹

“Hipócrates visitando a Demócrito”, 1622. Pieter Lastman
(¿Ámsterdam, 1583?-4 de abril de 1633).⁶²

Aquí Hipócrates está describiendo la melancolía y parece que no se da cuenta. Habla del ascetismo del melancólico que es lo que le permite encontrar la nostalgia. El melancólico descubre su pasado como irrepetible, y eso le duele. Demócrito es descrito como alguien que sale de la realidad, deja a su mujer, a sus hijos, abandona temporalmente sus problemas cotidianos y sus preocupaciones. Y se enfrenta a su realidad, a su soledad incomparable, propia e irrepetible que no encuentra consuelo con nadie, ni en el presente ni en el pasado.

⁶¹ Carta XII, de Hipócrates a Filomeno. Cfr: Aristóteles e Hipócrates. *De la melancolía*, p. 61.

⁶² Tomado de <<http://medicinaybellasartes.blogspot.mx/2011/07/hipocrates-y-democrito.html>>, <<https://lamedicinaenelarte.wordpress.com/2013/03/06/hipocrates-y-democrito-segun-pieter-lastman/>> y <<http://kecobe.tumblr.com/post/67023365411/françois-andré-vincent-french-17461816>>, consultados el 5 de mayo de 2016.

Hipócrates replantea muchos de sus conceptos sobre nosología después de su visita a Demócrito y él mismo asevera que no obstante su avanzada edad, sus nuevos descubrimientos deben ser tomados en cuenta y está de acuerdo en autocriticarse y ampliar la noción de salud, que no de enfermedad, a los territorios del genio.⁶³ El genio está sano y no enfermo; el problema es el límite que comúnmente se da al concepto de salud, en particular la concepción médica, ya que los médicos se perciben como expertos.

En cartas posteriores⁶⁴ dirigidas a sus discípulos, Hipócrates termina por reconocer en Demócrito a un hombre sano, sabio y excepcional a quien confundió en un principio con un hombre ordinario y loco.⁶⁵

Hipócrates halló el fundamento de la risa de Demócrito en una moralidad discreta y sólida en la que descubrió su excepcionalidad y su genialidad como crítico profundo de la condición humana. Hipócrates termina su epístola a Damageto legándonos una reflexión que consolida la vigencia de la observación aristotélica sobre la coincidencia de la melancolía y la genialidad: “Mi conjetura, Damageto, salió cierta. No está loco Demócrito; antes es el hombre más sabio que he visto. A mí con su conversación me hizo más sabio, y por mí a todos los demás hombres” (*Hoc erat illud, Damagete, quod conjectabamus. Non insanit Democritus, sed super omnia sapit, & nos sapientiores effecit, & per nos omnes homines*).

41

⁶³ Véase Vivian Nutton, *Ancient medicine*, en <<http://books.google.com.mx/books?id=pAE0AAAAQAAJ&pg=PA49&dq=hippocrates+visit+to+Abdera>>, consultado en enero de 2011.

⁶⁴ Entre las cartas más notables destacan las XII, XIV y XVII. Cfr: Aristóteles e Hipócrates. *De la melancolía*, pp. 61, 67 y 77-87.

⁶⁵ “Ego vero neque morbum ipsum esse puto, sed immodicam doctrinam, quae revera non est immodica, sed ab idiotis putatur [...] Optimum naturae, ac mundi interpretem te judicavi [...] Cum non insaniam, sed quamdam excellentem mentis sanitatem vir ille declaret.” Véase Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764), “Discurso del pueblo”, en *Teatro crítico universal*, 1778, Madrid, por D. Joaquín Ibarra, a costa de la Real Compañía de Impresores y Libreros), tomo primero, §. III, en <https://books.google.com.mx/books?id=y79CAQAAMA AJ&pg=PA6&lpg=PA6&dq=Optimum+naturae,+ac+mundi+interpretem+te+judicavi&source=bl&ots=hcLKsF8Hm&sig=_UCBsvuEbBVedbGyTzjQeOc0Jvg&hl=es&sa=X&ei=afLvVJTIE4OVyQSmkILACw&ved=0CCIQQ6AEwAQ#v=onepage&q=Optimum%20naturae%2C%20ac%20mundi%20interpretem%20te%20judicavi&f=false>, consultado el 28 de junio de 2016.

Era entonces Hipócrates ya bastante anciano, pues en la misma carta lo dice: “Ego enim ad finem medicinae non perveni, etiamsi iam senex sim”,⁶⁶ y por lo tanto, capacitadísimo para hacer recto juicio de la doctrina de Demócrito.⁶⁷

En conclusión

La tragedia de la depresión es una de las más antiguas y comunes que acaecen a la humanidad. La consecuencia es que mutila la riqueza de las alternativas que la vida ofrece para ejercer la libertad. El hombre abatido (*depressus*) elude su cotidianidad y las diversas opciones que tiene. El reto de ejercer su propia individualidad lo confronta con el misterio de su condición humana y con la disyuntiva entre el dejarse abatir por el sufrimiento que padece el estulto deprimido o elegir la maravillosa (extraordinaria o asombrosa) nostalgia que es condición de la melancolía.

La melancolía y la genialidad están relacionadas. La genialidad es una posibilidad siempre asequible a todo hombre pues es un fenómeno efímero, inestable, impredecible y no exclusivo del inteligente letrado o del viejo sabio. Cuando en la condición humana coinciden la risa crítica exquisita, el narcicismo sano y la nostalgia, entonces la vía regia hacia la genialidad está dada a través de la melancolía. La melancolía no es una enfermedad ni depresión ni abatimiento, y hace del hombre un *homo magnus*. La melancolía es una condición privilegiada que consiste en la conciencia de la cólera que todo hombre padece cuando percibe que su historia es irrepetible y reveladora de su finitud, la cual debe enfrentar. El melancólico ordinario fracasa ante la reiteración del

⁶⁶ “Aunque ya soy viejo, no llegué al límite de la medicina”; *Carta de Hipócrates a Damageto* (carta XVII), en Aristóteles e Hipócrates. *De la melancolía*, pp. 77-87.

⁶⁷ Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, pp. 83-84, en <http://books.google.com.mx/books?id=V-uRWs3W68YC&pg=PA83&lpg=PA83&dq=hip%C3%B3crates+carta+damageto&source=bl&ots=YNUSLHA61q&sig=WZcBps3uqUyCDQTyV67IY95IA8&hl=es&ei=1XFBSqG1M42AswPa3YiACQ&sa=X&oi=book_result&ct=result&resnum=1> y también en <<http://www.ensayistas.org/antologia/XVIII/fejoo/fejoo2.htm>>, consultado el 15 de mayo de 2015.

error en su vida por desconocer su historia, el melancólico genial se sabe mortal y puede legar a la humanidad su destello genial. La melancolía genial es virtud y no enfermedad, es cólera, es enojo virtuoso que lleva al narcisismo no mórbido, que es risa autocrítica sana y nostalgia de un pasado acaecido.